

Investidura como *Honoris causa* de Mariana Mazzucato

Saló de Cent, plaza de Sant Jaume, 1,
Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona

Alcaldesa,
vicepresidenta del Gobierno,
rectores,
concejales y concejales,
profesoras y profesores,
señoras y señores:

Me gustaría empezar refiriéndome a la primera ley de Newton, la que nos habla de la inercia física: "todo cuerpo libre sobre el cual no actúa ninguna fuerza mantiene su estado de movimiento, ya sea en reposo, ya sea en movimiento rectilíneo uniforme".

En realidad, a pesar de que Newton solo nos habla de física, metafóricamente, esta primera ley también nos ilustra contra la inercia del pensamiento. De hecho, con el planteamiento de sus leyes Newton se atrevía a rebatir la idea aristotélica que durante veinte siglos se había mantenido vigente. Nada empobrece tanto el conocimiento como avanzar maquinalmente.

La trayectoria profesional de nuestra nueva doctora honoris causa se ha caracterizado, precisamente, por huir de ideas preestablecidas. Tanto sus aportaciones académicas como su investigación y sus publicaciones, pasando por sus intervenciones en el debate público, se han caracterizado por cuestionar una narración dominante durante décadas sobre el supuesto éxito del mercado frente al fracaso del estado.

«Vencer la pereza de pensar diferente significa confiar en el método científico, revisar de forma crítica nuestras premisas, buscar genealogías alternativas y proponer nuevas ideas e interpretaciones que puedan someterse a refutación o validación de nuestros iguales.»

Puede parecer que con esto ya hemos cumplido, pero en realidad estamos solo a medio camino. Porque el conocimiento solo es útil cuando circula, cuando se interconecta, cuando supera las paredes de nuestro despacho, biblioteca o laboratorio y tiene impacto social real.

No estoy diciendo nada revolucionario. Esto mismo ya lo defendía Francis Bacon, el padre de la revolución científica inglesa, cuando imaginaba una civilización en la que la ciencia fuera una gran empresa colectiva orientada a mejorar las condiciones de vida de la humanidad.

Salvando las distancias con la Inglaterra del siglo XVII —que son muchas—, creo que las resonancias con los planteamientos de la doctora Mazzucato son evidentes. Hoy, la empresa colectiva que imaginaba Bacon se articula a partir de las instituciones públicas.

Las instituciones públicas, si retomamos la metáfora inicial, tendrían que ser —tienen que ser, y me gustaría decir que son— una fuerza capital para evitar inercias empobrecedoras: desde la perpetuación de los sesgos de género hasta la privatización de los conocimientos.

«En el pasado, estas instituciones públicas ya demostraron que son las que mejor vehiculan la innovación y la transformación, las que mejor alinean esfuerzos privados e intereses particulares, las que mejor orientan el conocimiento hacia un impacto social auténtico y las que mejor motivan e implican a la ciudadanía. Todo con un mismo objetivo: el bien común.»

O, si lo encuentran demasiado inconcreto, hacia esta actualización de la Declaración de los Derechos Humanos que es la Agenda 2030, impulsada por las Naciones Unidas.

Esto, sin embargo, requiere la coherencia necesaria para adaptar y hacer evolucionar el modelo de investigación e innovación. Transformaciones en las que la presencia pública puede ser inicial o solo parcial, puede hacer de impulsora o de acompañante, o puede actuar de reguladora o de incentivadora.

Pero, sea como fuere, la presencia pública debe servir para garantizar que el conocimiento sea público, abierto y compartible. Obviamente, aquí tenemos mucho que decir y que hacer las universidades. Tenemos tanto que decir y que hacer que es justo y necesario que desde la sociedad se nos exija.

Se nos exija aportar conocimientos y razonamientos al debate público, ofrecer las titulaciones y competencias que favorezcan la empleabilidad, promocionar la investigación básica y la aplicada, ayudar en la transformación digital de la ciudadanía y del tejido económico, y participar en la definición de horizontes de futuro sostenibles y equitativos.

Pero esta exigencia tiene que ir acompañada de los medios imprescindibles... y esto significa recursos, pero también significa confianza y complicidad. Los recursos, la confianza y la complicidad destinados a educación e investigación no son gasto, sino inversión. He aquí otra inercia a combatir...

Evidentemente, hay que garantizar su eficiencia, pero esta no se logra desde la burocracia, el recelo o la ruindad, sino desde la apuesta por proyectos y, después, desde la rendición de cuentas y la revisión de premisas y resultados.

Lo decía de una manera más brillante la doctora Mazzucato: "Necesitamos un relato progresivo que no hable solo de gastar, sino de invertir de forma más inteligente".

Y añadía, más adelante: "El trabajo de verdad es asegurar que seguimos subvencionando correctamente un sistema universitario público de primera línea".

Un doctorado *honoris causa* es un acto eminentemente académico, pero también es un momento de celebración y de reafirmación de valores como el conocimiento, el diálogo y la libertad de pensamiento.

Celebrarlo en 2022 en este Saló de Cent, gracias a la generosidad del Ayuntamiento de Barcelona, encabezado por su alcaldesa, tiene un significado especial para la UOC en particular y para el sistema universitario catalán en general. Justo hace ahora 200 años que, en este mismo Saló de Cent, se pedía y se conseguía recuperar la tradición universitaria de Barcelona, iniciada en la época medieval con los Estudios Generales, germen de nuestro sistema universitario actual, e interrumpida a raíz del Decreto de Nueva Planta.

Un sistema universitario y de investigación que, como decía anteriormente, queremos que tenga un papel protagonista en el trabajo por el bien común y que ejerza su liderazgo, no solo desde la vertiente tecnológica, sino también en los ámbitos educativo, social, humanístico... Porque ninguna área debe serle ajena y debe comprenderlas todas.

Como nos recuerda la matemática y reciente premio Nacional de Investigación Carme Torras, de nada nos sirven los adelantos más punteros, como pueda ser la inteligencia artificial, si no se acompañan de una orientación humana y humanística.

No es casual que, si uno repasa la nómina de personalidades a quienes la UOC ha concedido el doctorado *honoris causa*, siempre está presente esta doble vertiente de excelencia académica y espíritu humanista.

«Es en esta genealogía que nos reconocemos y es a esta genealogía a la que hoy tenemos el honor y el privilegio de sumar a la doctora Mazzucato. Por una vez, permítanme hacer una excepción y decir que esta genealogía sí es una inercia enriquecedora.»

Muchas gracias.

Josep A. Planell